

CRISTINA
DOMENECH



SEÑORAS ILUSTRES

QUE SE EMPOTRARON
HACE MUCHO

Heroicas mujeres que amaron y desearon a otras mujeres.

Poetas como Safo o Emily Dickinson, las artistas Frida Kahlo y Tamara de Lempicka, las literatas sor Juan Inés de la Cruz y Virginia Woolf, una gran diva de Hollywood y hasta una reina de Inglaterra son algunas de las genias que protagonizan el nuevo libro de la académica Cristina Domenech, que cuenta además con las maravillosas ilustraciones de Medusa Dollmaker.

Señoras ilustres es un recorrido fascinante por la vida intelectual y amorosa de estas señoras con un talento desmesurado y una vida con facetas a menudo silenciadas o tergiversadas por la historia.

En la bañera de la historia, la verdad es tan
difícil de aferrar como una pastilla de jabón,
y aún más difícil de encontrar.

TERRY PRATCHETT

Escribir este libro ha sido una pesadilla.

Empezar la introducción con esta frase es el último de los múltiples crímenes que he cometido contra mi editor, para la prosperidad y buena salud de sus futuras canas.

También ha sido un ejercicio de honestidad emocional más allá de lo estrictamente académico. Escribir este libro ha supuesto muchas cosas diferentes durante una época muy complicada, y ahora que está terminado no puedo evitar sentir que es el testamento de un reto singular en mi vida.

Desde que empecé a hablar sobre bolleras históricas en Twitter, siempre he intentado dar prioridad a las más desconocidas fuera del ámbito académico o a las conocidas cuya faceta sáfica suele ignorarse. A pesar del cariño que han recibido todas las historias que he relatado tanto en redes sociales como en mi anterior libro, *Señoras que se empotraron hace mucho*, he notado que reinaba un interés general por las figuras más conocidas, aquellas a las que rara vez les dedicaba un hilo. «¿Cuándo vas a hablar de Emily Dickinson? ¿Vas a escribir sobre Greta Garbo? ¿Veremos un hilo de la reina Ana?» Preguntas más que justas, teniendo en cuenta que todos esos nombres están invariablemente unidos al concepto de historia lesbiana y les suenan incluso a aquellos que no se dedican activamente a conocerlas.

Aunque este tipo de peticiones eran continuas y me las hacían llegar muchas personas, lo cierto es que hasta ahora había evitado a estas figuras célebres conscientemente. En primer lugar, porque ya existe una gran cantidad de información sobre esas mujeres que se puede consultar fácilmente en cualquier idioma, así que mi aportación habría sido escasa al ofrecer meras biografías. En segundo lugar, porque me temblaban las rodillas solo de pensar en la avalancha de datos falsos, rumores e información imposible de

contrastar que podría caerme encima con solo intentar construir un relato medio coherente de sus posibles empotramientos históricos.

Pero cuanto más pensaba en ellas, más me atraía la idea de hablar de lo que significaban para mí y de lo que representan dentro de la cultura lésbica, sin la necesidad de ofrecer una biografía al uso como venía haciendo con otras mujeres menos conocidas.

En cuanto empecé a hacerme preguntas sobre estas mujeres, ya estaba destinada a encontrarme con la avalancha prometida de datos de procedencia altamente sospechosa. ¿Por qué ellas? ¿Por qué me preguntan siempre por las mismas mujeres? ¿Por qué han llegado a ser estandartes de la cultura lésbica ellas y no otras? No hay una sola respuesta, obviamente, y algunas de las posibles razones son fáciles de imaginar (casi todas las mujeres de este libro eran brillantes en sus respectivos ámbitos y se les ha prestado muchísima atención académica y cultural), pero otras eran un poco más complicadas.

Esto me llevó a un descubrimiento que fue una verdadera sorpresa para mí. Cuanto más hablaba con otras mujeres lesbianas y bisexuales sobre esta idea, más cuenta me daba de que muchas de ellas nunca habían leído un poema de sor Juana o visto una película de Garbo o contemplado un cuadro de De Lempicka. Conocían sus nombres y sabían por qué eran famosas pero, como suele suceder en estos casos, saber de su existencia como celebridades, como astros de sus respectivos campos, había supuesto un obstáculo para que intentaran indagar y conocerlas más a fondo.

El libro que tienes en las manos tomó forma alrededor de estos pensamientos. Es diferente a *Señoras que se empotraron hace mucho*, se trata de algo más solemne y más íntimo. Mi modo de expresarme sigue siendo demasiado coloquial para que esto sea nada parecido a un ensayo, porque es imposible detenerme en ese sentido, pero reconozco que el tono es más personal.

Otro aspecto en el que difiere de mi anterior publicación es su estructura porque, aunque quizás tenga la suerte de presentarle alguna de estas mujeres a algún lector, la mayoría ya conocéis sus nombres. Es un libro con datos biográficos, pero también es una reflexión personal sobre por qué estas mujeres brillan en nuestro imaginario sáfico colectivo por encima de otras que tal vez lo merecerían de igual forma.

Al final de cada capítulo me he permitido añadir un par de referencias a obras literarias, biografías, películas, etc., que podrían acercaros un poco más (de forma bastante informal, debo decir) a estas mujeres extraordinarias que a veces damos por conocidas sin saber nada de ellas. Debo pedir disculpas de antemano porque en muchísimas ocasiones mis recomendaciones no están traducidas al español, pero desafortunadamente el mundo de la historia sáfica sigue desplegándose mayoritariamente en inglés.

Así que con este libro saldo la deuda que os debía a vosotros y a estas señoras ilustres, cuyos nombres me han acompañado desde el momento en que despertó mi interés por la genealogía sáfica. Para liquidar mi deuda, he tenido que luchar contra un ejército de datos falsos y de información reprensible salida del abismo; he rastreado fuentes hasta dar con libros que en su vida han visto un editor; he tenido una pesadilla en la que iba a la cárcel por robar un documental sobre Tamara de Lempicka de un archivo ruso ilegal escondido en una parada de metro; y he aprendido más de lo que esperaba aprender jamás sobre bipartidismo inglés en el siglo XVII. Todo ello para poner a vuestros pies este libro. O para ponerlo en vuestras manos. Preferiblemente, en vuestras manos.

A diferencia de lo que se suele pensar, el trabajo de investigación rara vez concluye con una respuesta. Al contrario: el trabajo de investigación siempre empieza y acaba con una pregunta. Por lo tanto, espero que, aunque este li-

bro sea en esencia divulgativo y coloquial, cuando acabéis de leerlo os hagáis muchas preguntas.

Mi propósito es que, entre mis reflexiones y las maravillosas ilustraciones de Medusa Dollmaker, estas señoras ilustres dejen de ser célebres desconocidas. Y también me gustaría que, ya que tenemos la suerte de poder disfrutar aún de sus obras y de todo lo que nos dejaron, os animéis a seguir aprendiendo más sobre ellas después de cerrar este libro.

SAFO DE LESBOS

(630/610–580 a. C.)



¿Sabíais que Safo inventó la púa de guitarra? Pues no lo sepáis demasiado fuerte porque a lo mejor es mentira. Pero a lo mejor es verdad. Pero a lo mejor es mentira.

Esta es una buena forma de abrir el capítulo porque la mayoría de las cosas que os voy a contar sobre Safo pueden ser mentira, aunque también pueden ser verdad. Siento mucho decir que no hay otra forma mejor de hacerlo, porque hablar de la vida de Safo es muy complicado. Está tan lejos de nosotros en el tiempo, hay tan poca información sobre ella y se ha escrito y especulado tanto sobre su vida que sus biografías suelen ser un puchero de hipótesis. Es un poco como el gato de Schrödinger, pero aquí el gato sería Safo y la caja sería la historia y el gas venenoso sería un montón de gente hablando a la vez en un chorro de siglos distintos. Si suena absolutamente terrible y no se entiende nada, entonces es que lo he explicado bien.

Pero aunque Safo sea complicada, también es inevitable. Todavía a día de hoy es una de las poetas más alabadas de la Antigüedad y una de las figuras más brillantes de la literatura universal. Y, por supuesto, las palabras «lesbiana» y «sáfica» tienen su origen en ella, así que en cierto modo estamos siempre bajo la sombra de su recuerdo.

En resumen, Safo me complica la vida porque su historia es a estas alturas más iconografía que biografía, pero ¿qué clase de bollera sería yo si no intentara escribir un capítulo sobre Safo de Lesbos en un libro sobre bolleras ilustres? Viviría más tranquila, sí, pero menuda deshonra milenaria. Así que vamos a hablar del puchero de hipótesis que es la vida de Safo y a intentar aceptar de antemano que en algún momento nos vamos a tragar algo que no debemos.

Se calcula que Safo nació entre el año 630 y el 610 a. C., en la isla de Lesbos. Durante su vida se convirtió en una poeta lírica de gran renombre y tras su muerte su fama continuó extendiéndose a lo largo de los siglos. Aunque hoy en día solo conservamos un puñado de fragmentos y una oda a Afrodita completa, se dice que su obra abarcaba nueve volúmenes de poemas románticos, himnos nupciales, odas a los dioses e incluso épicas. Estos volúmenes, de los cuales se dice que tan solo el primero constaba de más de mil versos, estaban recogidos en la biblioteca de Alejandría para su consulta y copia. La mayoría de su poesía estaba compuesta para ser cantada, cosa que ella misma hacía acompañada de un instrumento llamado barbitón, que es como una lira con cara de raqueta.

(A todos los estudiantes y expertos en culturas clásicas: por favor, no me busquéis por decir que un barbitón es una lira con cara de raqueta).

Es para este instrumento para el que dicen que Safo posiblemente inventó un plectro con el que se ayudaba para tocar las cuerdas, que sería el antepasado de las púas de guitarra que conocemos actualmente. Safo no solo se hizo enormemente famosa entre sus contemporáneos por la fuerza, la expresividad y la técnica de sus poemas —que eran sensuales, íntimos, y describían el deseo en términos crudos y tiernos—, sino también por la belleza y habilidad con las que los interpretaba.

Insisto mucho en la inmensidad de su genio porque realmente no puedo explicar con palabras hasta qué punto

Safo partió la pana lírica en la Antigüedad. Innumerables poetas se vieron influenciados por su estilo, que fue el origen de la estrofa y el verso sáficos, que se usan todavía hoy. Y no solo influyó a poetas, sino también a músicos, ya que, aparte del bisabuelo de la púa de guitarra, Safo también inventó el tono mixolidio y posiblemente un instrumento musical variante de la lira, aunque en este punto hay controversia. Algunos la llamaban «la Poetisa»; otros, «la décima musa». Autores de todas las épocas la han estudiado y traducido, desde Ovidio hasta Anne Carson, pasando por Lord Byron o Christina Rossetti.

Esto es probablemente lo único en lo que todo el mundo está de acuerdo: Safo poseyó una mente lírica inigualable. Aunque también es relativamente seguro que nació en una familia acomodada, que tenía tres hermanos, que se exilió durante una temporada a Sicilia debido a movidas políticas y que en general disfrutó de una buenísima posición en sociedad como compositora de música para ceremonias y reputada autora. Más allá de esta información, casi cualquier dato sobre la vida de Safo está escrito cincuenta mil veces y de cincuenta mil formas distintas que se contradicen unas a otras.

«Pero Cristina —decís vosotros, nerviosos, agitados—, eso no puede ser lo único que se sabe con relativa seguridad. Safo es La Lesbiana™ por excelencia, ¿dónde están los empotramientos con señoras que fueron tan sumamente épicos que todas las bolleras posteriores tenemos que llevar su nombre?»

Pues es con gran pesar y una melodía triste de flauta de fondo que debo comunicaros que no existen pruebas de que Safo empotrara señoras.

La razón principal por la que se piensa en Safo como la bollera primigenia son sus poemas, que están llenos de descripciones de muchachas guapísimas, canturreos detallados sobre lo mucho que quiere empotrar a según qué señora y crónicas de dramas bolleriles de celos, envidia, amo-

res no correspondidos y todo eso que pasa cuando más de tres bolleras se juntan. Pero siento mucho deciros que, aunque es más que probable que los poemas de Safo contengan sentimientos y vivencias personales, no hay forma de confirmarlo, sobre todo porque Safo escribía a veces por encargo o para festejos concretos.

Por otro lado, encontramos una fuente que señala que Safo se casó con un tal Kerkylas de Andros, un dato que usa la gente que no ha descubierto todavía la bisexualidad para defender que a Safo no le gustaban las mujeres. El problema es que «Kerkylas» no es un nombre real, sino que, al parecer, significa «pene». Y Andros sí era una isla real de Grecia, pero también puede significar «hombre». Así que perdonadme si no me convence del todo una fuente que dice que Safo estaba casada con el señor Pene de Hombre. Esta es también una valiosa lección de vida: que una fuente tenga muchos siglos de antigüedad no significa que sea veraz. Hace muchos siglos también había tontos que se despertaban pensando que eran la alegría de la huerta y que sería la cumbre de la comedia decir que una señora a la que se le achacaban inclinaciones lésbicas estaba casada con Megapene de la Isla de los Señores.

Otra fuente afirma que, ya bien entrada en años, Safo se enamoró de un marinero llamado Faón y se tiró por un acantilado porque él no le daba ni la hora. Esa fuente está escrita por Safo en primera persona... seis siglos después de su muerte. Actualmente se considera que es una obra de ficción sin ninguna intención biográfica. Además, reproduce muchos clichés del momento, entre ellos el acantilado por el que supuestamente acaba tirándose Safo, por el que los autores de la época despeñaron narrativamente a un número elevadísimo de señoras despechadas que ni estuvieron nunca en ese acantilado ni se las esperaba. Que era un *fanfic* de Safo es lo que os estoy intentando decir.

(A todos los estudiantes y expertos en culturas clásicas: por favor, no me busquéis por decir que Ovidio escribió un

fanfic de Safo).

Otro ejemplo del caos que son las biografías de Safo es Cleis, una muchacha de la que Safo habla con mucha ternura en algunos de sus fragmentos y que obviamente ha llamado la atención de los académicos. Por un lado, se especula que Cleis era su hija y, por otro, que era su sirvienta porque, en un alarde de etimología abominable, la palabra que Safo usa para referirse a Cleis puede significar igualmente «niña» o «esclava». También se usaba en las relaciones griegas tradicionales entre hombres maduros y chicos jóvenes, para referirse al muchacho joven. Así que Cleis pudo ser su hija, su esclava o una amante joven, que son opciones prácticamente iguales.

Fuentes e hipotéticas razones como estas para afirmar que Safo pudo o no establecer relaciones románticas o sexuales con otras mujeres abundan, pero ninguna es demostrable o más probable que las demás, sea a favor o en contra de su posible homosexualidad (o el equivalente de la época). Tampoco ayuda que desde su muerte cada época haya entendido a Safo de una forma totalmente diferente. En el siglo I d. C. se reconocía su genio, pero también se hablaba despectivamente de sus posibles relaciones con mujeres. En la Edad Media su obra se consideró obscena y se destruyó gran parte de sus escritos. En siglos consecutivos se la vio como una prostituta, como una musa de las letras o como una figura trágica, y cada periodo contribuyó con teorías, hipótesis y literatura de ficción sobre su figura, lo que oscureció aún más su leyenda.

A veces, estas reinterpretaciones de Safo acordes a la época en que se escribían han pasado a formar parte de la cultura popular como si fueran reales, lo que complica sustancialmente el asunto y le da anticalidad al puchero. Algunos habréis notado que en ningún momento he hablado de escuela de Safo, donde famosamente enseñaba poesía y música a muchachas jóvenes, y eso es porque no existió tal escuela. Es muy probable que Safo transmitiera sus conoci-

mientos a otras personas en un papel parecido al de una maestra o mentora, pero en ningún momento se menciona en una fuente fiable o en sus poemas que existiera una escuela o que ella se dedicara a tal cosa de forma habitual. Esta invención de la escuela de Safo fue de los victorianos, que generalmente tienen la culpa de todo, sin excepciones. Imaginar a Safo como una maestra de escuela fue la estrategia victoriana para encontrar una excusa razonable e inocente al hecho de que una señora estuviera todo el día rodeada de mujeres a las que les daba muchos abrazos y les hacía coronas de flores, para así poder estudiar sus poemas sin tener los hipotéticos empotramientos lésbicos acechando en el horizonte. Tengo que decir que el plan salió solo regular, porque a medida que avanzaba el siglo los victorianos empezaron a sospechar (acertadamente) que en los colegios internados de señoritas había una actividad lésbica bastante alta, y en muchísimos círculos el nombre de Safo se convirtió en sinónimo de perversión sexual.

Pretender escribir una nota biográfica sobre Safo es una locura. Creo que el mejor intento pertenece a las autoras Monique Wittig y Sande Zeig, quienes en su psicodélico *Lesbian Peoples: Material for a Dictionary* le dedican a Safo una página entera en blanco. Safo es casi todo lo que quieras leer en Safo: una transformación constante, una forma ya imposible de dibujar; un pilar de la cultura sáfica moderna, cultura de la que ni siquiera podemos hablar sin evocar su nombre; y un enigma histórico del que, como ocurre con sus obras, solo tenemos fragmentos que a veces no son más que dos palabras, una frase o un nombre. Pero su presencia, toda una eternidad después de su muerte, en un mundo casi irreconciliable con aquel en el que ella vivió, es todavía tan poderosa, tan vívida, que seguimos fascinados por su genio y revisitando lo poco que sabemos una y otra vez, esperando una nueva revelación. Y a veces todavía las hay: en 2004 emergió un fragmento hasta entonces inédito; otros dos en 2014. A mí, que generalmente me muevo en

historia mucho más reciente, me parece casi milagroso que nos sigan llegando virutas de su existencia.

Así que, ¿era Safo lesbiana? No tengo ni la más remota idea. Tal vez a día de hoy pudiésemos llamarlo así pero, aunque solo deseara a mujeres, es más que probable que el concepto que tuviera de sí misma no se acercara en nada al que imaginamos. Puede que estuviera casada con un hombre del que no sabemos nada y que Cleis fuera su hija. Puede que nunca se casara y Cleis fuera su esclava, y entonces la historia haya urdido un sinfín de maniobras para hacerla más potable a un público que a veces no concebía esa posibilidad. Puede que estuviera casada, Cleis fuese su hija y tuviese jóvenes amantes de su propio género, como era tradición entre los hombres. Puede que nada de esto sea ni remotamente parecido a lo que pasó en realidad. Pero si hay una cosa que ha resonado siempre con fuerza es que Safo amaba a las mujeres: su belleza, su compañía, su erotismo. La exquisita sensibilidad con la que nos habla de ellas todavía es casi tangible en su obra, y eso no solo es indiscutible, también es un placer del que podemos y debemos disfrutar hoy.

Al final lo más inteligente sería preguntarnos: ¿es Safo parte de nuestra herencia como mujeres sáficas? Y la respuesta es sí. Indudablemente. Safo es parte de nuestra herencia poética, de nuestra narrativa y, a día de hoy, un símbolo de nuestra historia.

Mi consejo, si me lo permitís, es que aprovechéis para conocer a la Safo de hoy; dentro de unas décadas quizás tengáis que conocerla de nuevo.

Para saber más

En este capítulo, y sin que sirva de precedente, solo os voy a recomendar una cosa. Casi toda la producción

sobre Safo es de corte académico y se pueden encontrar muchas reflexiones interesantes en artículos, capítulos de libros o antologías; pero, en mi opinión, cuanto más nos alejamos de los fragmentos más insatisfactorias son las lecturas, así que mi consejo es que si queréis saber más de Safo, acudáis a la fuente más importante de todas: su obra.

Como ahora sabéis, desgraciadamente es imposible hacerse con la biografía definitiva de Safo, pero casi todas las recopilaciones de sus fragmentos incluyen una corta a modo de introducción. Mi recomendación es *Si no, el invierno. Fragmentos de Safo*, de Anne Carson. De las varias recopilaciones que tengo es mi favorita porque es cómoda para consultar y porque presenta todos los fragmentos en su griego original, en inglés y en español. Sin duda alguna, una vacilada innecesaria teniendo en cuenta que no sé leer griego, pero no puedo negar que hay algo especial en ver los poemas en su silueta original.